

Las raíces misiológicas de la educación superior adventista y la actual tensión entre **misión adventista y visión académica**

GEORGE R. KNIGHT

No fue por casualidad que el establecimiento de la primera institución terciaria y el envío del primer misionero al exterior se diesen en el mismo año (1874). Después de todo, los mismos fundadores de la institución habían sido bien claros en la formulación de sus objetivos. Para ellos, el colegio debía ser visto como un lugar necesario en el entrenamiento de misioneros para servir nacional e internacionalmente.

Nacido con tensiones

De esta manera, J. N. Andrews pudo escribir en 1873 que, “los llamados que vienen de cada rincón, de hombres que hablan otros idiomas, deben ser respondidos por nosotros. No podemos hacer esto en nuestras circunstancias actuales. Pero podemos hacerlo si el Señor bendice nuestros esfuerzos en el establecimiento de la escuela que proponemos... Hombres de otras nacionalidades desean ser instruidos en relación a la Segunda Venida”.¹

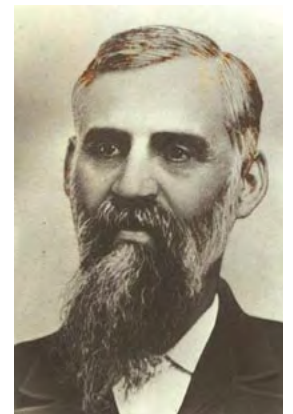
El nacimiento de la educación superior adventista nos muestra un cuadro lleno de tensiones entre los objetivos misionales y teológicos de los líderes eclesiásticos que la fundaron y los académicos que la llevaban adelante.



Colegio de Battle Creek



John N. Andrews



George I. Butler

De manera parecida, el presidente de la Asociación General, G. Butler, señaló justo antes del inicio del colegio, que la denominación prontamente necesitaría que cientos de sus miembros fuesen entrenados para el servicio de la misión”.² No había ninguna duda en la mente de los fundadores del Colegio de Battle Creek que su institución educativa tendría un enfoque misional.

Entonces, ¿qué de los docentes? Se preguntaban dónde los encontrarían en una incipiente denominación. Afortunadamente, tenían por lo menos un graduado universitario con ellos. Sidney Brownsberger tenía dos títulos de la Universidad de Michigan: en estudios clásicos (1869) y una maestría (1875).³ Él era el candidato marcado para dirigir el nuevo colegio, tanto por su preparación como por su dedicación al adventismo.

Había solamente un problema. Si bien era excelente en lo académico, tenía muy poca comprensión de cómo implementar los objetivos de los fundadores. En una junta de gobierno, confesó que él “no sabía nada acerca de la conducción de una escuela así”. Aparentemente nadie más sabía, así que W. White (el compañero de cuarto de Brownsberger en ese momento) recuerda, “se acordó que el trabajo de la escuela debía ser organizado en las líneas comunes de educación” y que los ajustes serían hechos después.⁴

El joven líder educacional hizo lo que él sabía mejor. La escuela que desarrolló a mediados de la década de 1870 se centraba en un currículum tradicional de huma-

nidades de nivel preparatorio y cursos terciarios enfocados en latín, griego y los “clásicos paganos,” aun cuando la mayoría de los estudiantes no estaban calificados para entrar en esas carreras elitistas.

El estudio de la Biblia y la religión encontraron muy poco lugar en la oferta de la institución. En realidad, ni existían ni eran requeridos cursos regulares de religión. Si bien es cierto que Urías Smith enseñaba alguna clase de profecías bíblicas, como era electiva, no tenía un gran número de estudiantes.

Los catálogos del colegio promovían que, “no hay ningún curso de estudio o reglas y prácticas de disciplina que sean en lo más mínimo denominacionales o sectarias. Las lecciones de Biblia son previas a las clases para aquellos que asisten por elección propia”.⁵ Más aún, “los administradores de este colegio no tienen intención de imponer a los estudiantes puntos de vista sectarios, o dar a esos puntos de vista alguna preeminencia en sus actividades académicas”.⁶

A sí fue el nacimiento de la educación superior adventista: lleno de tensiones entre los objetivos misionales y teológicos de los líderes eclesiásticos que la fundaron y los académicos que la llevaban adelante. Pero los dos grupos tenían cosas valiosas para contribuir.

Para decirlo en pocas palabras, *la educación adventista nació con tensiones*. Esa tirantez no terminó con el comienzo del sistema. Está presente todavía hoy. Voy a argumentar en este artículo que la tensión no es solamente una realidad actual, sino que es una necesidad crucial. Sin ella, la educación adventista superior se deslizaría hacia uno u otro de los dos extremos poco saludables.

¿Colegio bíblico o institución humanista?

Estos pensamientos nos traen a la siguiente ronda de eventos en la tensión entre misión adventista y visión académica. Brownsberger renunció en 1881 y fue reemplazado por Alexander McLearn, quien llegó a Battle Creek con la ventaja de tener un Doctorado en Divinidades pero con la desventaja de no ser adventista o un reciente converso.⁷ Brownsberger



Sidney Brownsberger

pudo no haber entendido la necesidad de la genuina educación adventista, pero McLearn no entendía ni aun el adventismo. Pudo haber sido un excelente académico, pero bajo su liderazgo, las cosas fueron de mal en peor. La institución cerró en el año escolar 1882-1883 sin la certeza que abriría otra vez.

Fue en el medio del desastroso liderazgo de McLearn que Elena White intervino con un testimonio

titulado “Nuestro Colegio”, un artículo leído en la sala del colegio en diciembre de 1881, ante los líderes eclesiásticos y educacionales de la denominación.

“Existe –dijo ella enfáticamente– peligro que nuestro colegio se desvíe de su propósito original... Pero desde hace uno o dos años, se han hecho esfuerzos por amoldar nuestro colegio a la semejanza de otros colegios... No es el propósito de la institución impartir a los alumnos un mero conocimiento libresco. Dicha educación puede obtenerse en cualquier institución del país... Si la influencia mundanal ha de reinar en nuestro colegio, entonces vendédselo a los mundanos y permitid que ellos asuman el control total; los que han invertido sus recursos en esa institución, establecerán otro colegio que se rija, no según el plan de las escuelas populares ni de acuerdo con los deseos del rector y los maestros, sino conforme al plan que Dios ha especificado”.⁸

El entusiasta empuje de Elena White no dejó dudas acerca del peligro de haber pospuesto “las influencias morales y religiosas... a un segundo plano”. Ella apeló con énfasis por la centralidad de la Biblia y de su cosmovisión.⁹

Con expresiones tan claras, se puede ver que quería desarrollar para los adventistas un colegio bíblico o un instituto de la Biblia. Una conclusión tal, si se hubiese implementado, hubiese eliminado la tensión –entre misión y visión académica– y empujado así las escuelas superiores adventistas hacia un extremo de la dinámica bipolar.

Pero esta era la visión de Elena White. En su segunda frase, ella dijo claramente que, “El propósito de Dios se ha dado a conocer, que *nuestro pueblo tenga la oportunidad de estudiar las ciencias y al mismo tiempo aprender los requerimientos de su palabra.*” Por ciencias, ella quiso decir lo que nosotros llamamos artes y



Elena White

ciencias. La idea general de sus aclaraciones fue que los jóvenes de la denominación no deberían “meramente” estudiar libros, sino que lo deberían hacer en el contexto de una cosmovisión bíblica.¹⁰

Es de extrema importancia reconocer que Elena White, en esta coyuntura crucial de nuestra historia, alejó la denominación del modelo de colegio bíblico para la educación superior y lo dirigió más hacia lo que podríamos llamar un enfoque de colegio cristiano en artes liberales.

Ella también apoyó la orientación de las artes liberales al final de la década de 1880 en medio de las dificultades curriculares que el recientemente fundado Colegio del Sur de Lancaster estaba teniendo. Allí S. Haskell, presidente de la Asociación y de la junta de gobierno, buscó timonear la institución hacia el diseño de colegio bíblico contra los deseos del director Charles Ramsey, quien abogaba por una perspectiva más amplia. Una vez más, Elena White simpatizó con un enfoque más abarcante, aun cuando ella temía que Ramsey no había entendido el balance apropiado entre conocimiento académico y religioso. Y efectivamente no lo entendió y él mismo pasó a ser una prematura pérdida –ocasionada por la



Stephen N. Haskell



William W. Prescott

dificultad entre visión académica y misión adventista— cuando abandonó la denominación en 1888 para proseguir estudios en Harvard.¹¹

El resultado destacable de esta controversia es que Elena White optó por un precario balance en la educación superior más que un comfortable extremo. Con ese paso, ayudó a posicionar el sistema denominacional de educación superior en una tensión continua. Pero ella también intervino para asegurar su relevancia en el mercado profesional de los siglos XX y XXI. Sin esa posición, la educación superior adventista hubiese sido empujada hacia una creciente irrelevancia, con tal vez la excepción de la formación de los pastores, en la creciente atmósfera pro-

fesionalizante de la primera mitad del siglo XX.

De un extremo al otro

Una tercera ronda de problemas que estimularon la ya tensa relación entre misión adventista y visión académica, fueron los eventos del Congreso de la Asociación General de Minneapolis en 1888. Esas reuniones, con énfasis en la justicia de Cristo y la necesidad de un estudio más intenso de la Biblia por parte de los pastores,¹² motivaron la creación de una serie de escuelas para

ministros en los campos, hacia el final de esa década y comienzos de la siguiente.

A su vez, esas reuniones llevaron a W. Prescott (era simultáneamente rector de los Colegios de Battle Creek, Unión, Walla Walla y presidente de la Asociación Educacional Adventista) a citar a una convención similar para educadores adventistas en Harbor Springs, Michigan, en julio y agosto de 1891. Esto produjo una influencia crucial en el desarrollo de la educación superior adventista. W. White describió el encuentro en términos de reavivamiento espiritual, destacando el énfasis de testimonios personales y espontáneos. Cada día se comenzaba con una exposición de T. Jones sobre el libro de los Romanos. Elena White también presentó temas sobre la importancia de una relación personal con Cristo, la necesidad de un reavivamiento entre los educadores presentes y la centralidad del mensaje cristiano para la educación.¹³

Prescott dijo en la sesión de 1893 de la Asociación General que Harbor Springs había marcado un punto de cambio en la educación adventista.¹⁴ Antes, la enseñanza de la Biblia había ocupado un lugar mínimo, pero la convención recomendó que los estudiantes de colegios adventistas tuvieran cuatro años de estudio de la Biblia¹⁵ y también orientó acerca de la enseñanza de la historia desde la perspectiva de una cosmovisión bíblica.

El reavivamiento cristocéntrico en la teología denominacional había llevado a un reavivamiento espiritual en su programa educacional, acompañado por una visión más clara de su propósito. Como resultado directo, Prescott destacó que, “durante los dos últimos años ha habido más crecimiento en el trabajo educacional que en los diecisiete años precedentes”.¹⁶



Docentes y estudiantes del Seminario para las Misiones Extranjeras, de Washington (Takoma Park, Maryland), en algún momento entre 1905 y 1913.)

Es de extrema importancia reconocer que Elena White, en esta coyuntura crucial de nuestra historia, alejó la denominación del modelo de colegio bíblico para la educación superior y lo dirigió más hacia lo que podríamos llamar un enfoque de colegio cristiano en artes liberales.



Frederick Griggs

Mucho se había logrado al comienzo de 1893, pero quedaba todavía una considerable tarea por hacer.

De Harbor Springs, Elena White fue a Australia, donde reflexionó mucho acerca de la educación. Sus recomendaciones llevaron a Prescott a ahondar aún más las reformas en el Colegio de Battle Creek, a fines de 1893. En particular, desplazarían del currículum la hegemonía de los clásicos para exaltar aspectos cristianos.¹⁷

Como era de esperar, algunos de los profesores objetaron a Prescott—quien era graduado de Dartmouth— y como él mismo aclara, fueron aquellos, “que habían obtenido su educación en otros colegios que seguían modelos mundanos”.¹⁸ Un mes más tarde, Prescott describió el encuentro en el que se le anunció a los docentes que la administración había decidido seguir adelante con las reformas: “El profesor Hastwell hizo el peor espectáculo de sí mismo que jamás haya visto hacer,” diciendo que “el colegio está muerto... la educación liberal está muerta... la libertad religiosa está muerta”.¹⁹

Por otro lado, Prescott destacó con alegría que los estudiantes habían reaccionado positivamente. Pero esta respuesta no vino sin luchas. W. Poole, por ejemplo, escribió a sus padres que muchos de los profesores de clásicos estaban emocionalmente mal por la decisión, pero habían manifestado su resignación a la voluntad de Dios.²⁰

Prescott, usando su posición de líder de la Asociación Educacional y de otros dos colegios más, planificó probar el nuevo enfoque curricular en Battle Creek, y urgir su adopción para las otras instituciones.²¹ Escribió al presidente de la Asociación General: “Creo que esto marcará el comienzo de importantes cambios en nuestro funcionamiento escolar, así como lo hará más eficiente para quienes desean ir a esparcir la verdad”.²²

En este punto tocó un asunto vital.

Siguiendo el liderazgo del recientemente organizado Movimiento de Estudiantes Voluntarios para las Misiones Extranjeras, los protestantes americanos eran la punta de lanza en el movimiento de fin de siglo para “la evangelización del mundo en esta generación,” que trajo la expansión más grande de misiones en la historia de los Estados Unidos.²³ El resultado educacional más destacado de ese impulso misional fue el surgimiento de movimientos, colegios e institutos bíblicos entre los evangélicos de dicho país.²⁴

El adventismo seguiría el liderazgo de los evangélicos. Esta fue la década de mayor dinamismo en la expansión de sus misiones y su sistema educacional;²⁵ no es mera casualidad que en unos pocos años, el adventismo comenzaría a llamar a muchas de sus instituciones colegios misioneros, dándoles

nombres tales como Colegio Misionario Emanuel y Colegio de Médicos Evangelistas.

Uno de los aspectos más destacables de la era de reformas de Prescott fue el consejo moderado de Elena White. Los extremistas pudieron haber inducido fácilmente a las escuelas desde el extremo de los clásicos a su polo opuesto (como algunos harían en 1897 y de allí en adelante).

El presidente de la Asociación General, O. Olsen, quien visitó Australia durante ese tiempo, le preguntó a Elena White acerca del currículum tradicional y luego le informó a Prescott que la luz que ella tenía sobre este asunto era que no deberían ignorar “las líneas normales de educación, pero que deberían hacer de la Biblia lo primordial”. Su consejo a los estudian-



Una de las primeras fotos de docentes y alumnos en el Colegio de Avondale (Cooranbong, Australia), que se inició en 1897.



Percy T. Magan

El reavivamiento cristocéntrico en la teología denominacional había llevado a un reavivamiento espiritual en su programa educacional, acompañado por una visión más clara de su propósito.



Edward A. Sutherland

tes fue: “Escalad tan alto como os place en las líneas educacionales, si solamente puede ser balanceado por la sabiduría más alta que los hombres pueden obtener de la Palabra de Dios”.²⁶

Ella puso como ejemplos a ser imitados a Moisés, Daniel y Pablo, quienes habían tenido una educación superior y entendimiento religioso. Una de las razones por las que “Pablo fue tan poderoso” fue que “poseía un conocimiento que podía igualar” al de los “más grandes estudiosos” y que lo combinaba con el conocimiento de Cristo.²⁷ En la década de 1880 Elena White estaba a la vanguardia abogando por una educación que asegurase un equilibrio entre la misión adventista y la visión académica. Pero, como veremos, no todos sus lectores entendieron ese particular equilibrio.

La influencia de Harbor Springs y su impacto posterior continuaron a través de la década de 1890 en la creación de la Escuela para Obreros Cristianos de Avondale en Australia, bajo la orientación de Elena White y otros reformadores.²⁸ La experiencia de Avondale fue un cambio mayor desde el predominio de los clásicos hacia la misión adventista, que también se manifestó en la mayoría de las instituciones de la iglesia en América del Norte y en la misión de la Iglesia Adventista.

Fue realmente un cambio poderoso. Elena White habló sin terminologías inciertas acerca de Avondale como estableciendo un parámetro para que otras escuelas lo sigan.²⁹ Pero esta corrección del curso podía ser llevada a extremos, que es lo que sucedió cuando E. Sutherland, P. Magan y otros radicales tomaron control del Colegio de Battle Creek al final

de esa década. Erradicaron totalmente los clásicos, desarrollando un currículum que fue casi totalmente en el área de la religión, abogaron por la Biblia como el único libro de texto, araron los campos de deportes para plantar papas, desarrollaron una amplia variedad de actividades misioneras y dejaron de ofrecer carreras académicas. Para 1901, cuando Battle Creek se mudó a Berrien Springs para realizar más reformas radicales, la escuela tocaba el extremo derecho del modelo de colegio bíblico/instituto de misión de la educación superior norteamericana.³⁰ Esto erradicó la tensión por algún tiempo. La misión adventista había llegado a ser todo y la visión académica nada.

De regreso al equilibrio

Pero las tensiones en la educación superior tienen dificultades para permanecer muertas por un largo tiempo. Esto nos lleva a la cuarta ronda de tensiones con la entrada de F. Griggs, quien dirigió el Departamento de Educación de la Asociación General entre 1904-1910 y 1915-1918. Griggs era moderado y estaba de acuerdo con Sutherland y Magan en los objetivos adventistas para la educación, pero desacreditaba los medios unilaterales para lograrlos.³¹ El lema de Griggs era que “para ser educadores necesitamos estar educados, y para ser educados necesitamos estudiar”.³² En 1907 señaló que el adventismo tenía “escasez de hombres y mujeres bien educados: aquellos que puedan editar nuestros artículos, dirigir nuestras escuelas de entrenamiento y nuestras escuelas intermedias, que puedan presentar el mensaje a las clases más educadas de mundo”.³³ Griggs vio la educación equilibrada como una inversión

que incrementaría el valor individual para quien la obtuviera.³⁴ Una educación de calidad para Griggs incluiría, por supuesto, servicio a Dios y a los semejantes.

Durante la administración de Griggs, la visión académica logró un renacimiento. No fue por accidente que los primeros adventistas en obtener un doctorado —B. Wilkinson de la universidad George Washington en 1908 y M. Olsen de la Universidad de Míchigan en 1909— lo hicieran en la época del liderazgo educacional de Griggs.³⁵ Pero él también se preocupaba por el equilibrio entre la visión académica y la misión adventista. En su presentación ante la convención sobre educación de la Asociación General (1909), señaló que “el péndulo se ha estado moviendo, y sigue haciéndolo. Pero ahora debemos preguntarnos seriamente si no hay riesgos en estos movimientos pronunciados, y otra vez midamos nuestro trabajo y fijemos nuestros estándares según el mundo”.³⁶

Griggs fue una voz moderada en la educación adventista del comienzo del siglo XX. Durante su administración, la visión académica había sido recuperada juntamente con la restitución y otorgamiento de títulos académicos en lugares como Colegio Misionero Emanuel (CME). Pero los extremistas estaban a la vuelta de la esquina. En 1915 por ejemplo, Sutherland escribió en sus *Studies in Christian Education* que el otorgamiento de títulos académicos sería no menos que “un sello o marca de la bestia”.³⁷ A fines de 1910, fuerzas reaccionarias ganaron el poder despojando a Griggs y exiliándolo a Berrien Springs, donde su administración marcó la “era de oro” del EMC.³⁸ Mientras tanto, el reaccionario W. Howell, como secretario del Departamento de Educación

de la Asociación General, marcó la voz de comando de las escuelas y colegios de la denominación durante los explosivos años de la década de 1920.³⁹

La tensión innata

Al inicio de la década de 1920, el adventismo vivió una nueva ronda de ataques sobre la visión académica. Aquellos con doctorados, como M. Olsen, fueron vistos con sospechas y hasta perdieron sus empleos en algunos momentos. Esa es una de las razones por la que Olsen encontró tiempo para escribir la primera historia comprensiva del adventismo *Origins and Progress of Seventh-day Adventists* (1925).

Durante esos años, hacer una maestría era mal visto. H. Morrison, presidente del Colegio Unión, motivó la ira de los líderes que apoyaban las políticas de Howell cuando animó a algunos de sus docentes a que hagan Maestrías. Como resultado, cuando M. Andreasen pidió permiso para estudiar en la Universidad de Nebraska, Morrison respondió: “No puedo darle permiso para ir, pero puede ir sin mi permiso, con el entendimiento que lo abandonará cuando sea descubierto”.⁴⁰

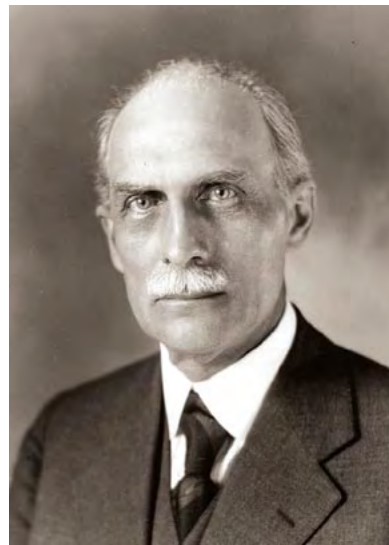
No es necesario decir que Howell y aquellos con una mentalidad similar en la Asociación General, se opusieron a la acreditación de las instituciones adventistas. Estaban más que contentos de contar con citas de Elena White para imponer sus opiniones. Dos de sus favoritas eran: “Resolvamos que no nos dejaremos atar ni siquiera por un hilo a la tendencia educativa de los que no discernen la voz de Dios y no escuchan sus mandamientos”⁴¹ y “hay un constante peligro de que los empleados en nuestras escuelas y hospitales se entretengan con la idea de alinearse con el mundo, estudiando las cosas que el mundo estudia y llegando a familiarizarse con las cosas que el mundo se familiariza. Este es uno de los más grandes errores que se pueden cometer”.⁴²

La lucha por la acreditación dominaría a la educación superior adventista por veinte años, pero la parte más dura de resolver sería que las carreras estaban cambiando y, con ellas, la educación profesional. Para 1920 se requerían certificaciones profesionales para áreas tales como enseñanza, enfermería y medicina, una situación no imaginada al final del 1800. Las nuevas formas de profesionalismo desafiarían progresivamente al adventismo. Los líderes educativos y eclesiásticos

se verían una vez más forzados a examinar la tensión entre visión académica y misión adventista.

El problema no fue agudo al comienzo de la década, cuando las escuelas que enviaban estudiantes al Colegio de Médicos Evangelistas necesitaban solamente la acreditación de los dos primeros años de colegio, y podía ser adquirida fácilmente. Pero para 1928, era evidente que debían acreditar los cuatro años de estudios terciarios. Ese requerimiento era problemático por muchas razones, siendo la principal que los docentes terciarios necesitarían títulos de posgrado que solamente podrían ser obtenidos en instituciones “paganas”. Algunos temían que todo el sistema sería corrompido por los docentes que traerían ideas contaminadas a los colegios adventistas.

La resolución de este problema se transformó en un asunto mayor para la agenda adventista. En 1928, el Concilio Anual de la Asociación General estableció la Junta



Warren E. Howell

de Regentes como una asociación acreditadora denominacional. Se esperaba que los cuerpos regionales de acreditación aceptarían la acreditación de esta junta permitiendo así a los colegios adventistas evitar la “contaminación.”

Esto dio evidencias de un pensamiento administrativo basado en deseos. Algunos líderes educacionales habían conocido esto por sí mismos. El jefe de ese grupo era P. Magan, quien se había apartado de sus

primeros extremismos y pasó a ser decano y luego rector del Colegio de Médicos Evangelistas; algo similar sucedió con varios de los rectores de otras instituciones. Tenían citas de Elena White que lógicamente no llevaron a nada más que a la acreditación, aun cuando ella advirtió de los posibles peligros. La base de sus argumentos se remontaba a 1910 cuando hubo que decidir qué tipo de educación médica ofrecería Loma Linda y los líderes dejaron el asunto en manos de Elena White.⁴³



Desde sus albores la educación adventista ha procurado integrar la fe y el conocimiento. Una clase de temperancia en el Colegio de Battle Creek.

Frente a eso ella dijo de manera inequívoca que la escuela debía “proveer lo que es esencial para preparar a nuestros jóvenes que desean ser médicos”.⁴⁴ Además, indicó que los colegios adventistas debían ofrecer una educación preparatoria que llevase a los estudiantes a la necesidad de “entrenamiento literario y científico” para “cumplir con los requerimientos especificados por las leyes estatales”.⁴⁵

Esos enunciados proveerían apoyo a los colegios adventistas para preparar una amplia gama de profesionales para servir en el mundo moderno. Sin el claro consejo de Elena White, los colegios adventistas probablemente no hubiesen ofrecido adecuado entrenamiento profesional en el siglo XX.

Pero esas alternativas no eran siempre claras para aquellos que estaban enfrentando la controversia de la acreditación. Uno de los primeros conversos de Magan fue E. Sutherland, el campeón anti título de los años 1890 y colega de Magan en las reformas de los Colegios de Battle Creek y Madison. Ya en 1923, Sutherland, convencido por Magan de la seriedad del problema, comenzó silenciosamente a enviar algunos de sus docentes a reconocidas instituciones para obtener títulos de posgrado de forma que Madison pudiera alcanzar los estándares de la educación profesional.⁴⁶

Las maniobras de Sutherland no se supieron hasta 1931,⁴⁷ pero cuando se hicieron públicas, hubo una gran reacción. Por ejemplo, O. Graf, uno de los presidentes que siguió a Sutherland en el Colegio

Misionero Emanuel, expresó angustia y sorpresa. “Mi hermano –le escribió– años atrás lo mirábamos a usted y a su escuela como baluartes contra las cosas mundanales, y ahora es una tremenda decepción encontrarlo liderando este asunto de someter nuestro sistema escolar innecesariamente, a la influencia y orden mundanos”.⁴⁸

Para 1931, cuando Sutherland se manifestó abiertamente sobre este tema, el problema había llegado a ser bien conocido. De hecho, el Concilio Anual de 1931 votó recomendar que los colegios adventistas procurasen conseguir las acreditaciones regionales. Pero aun con esa autorización, muchos líderes continuaron oponiéndose. W. White señaló que “la decisión del concilio de 1931 no resolvió el problema, sino que fue más bien el primer cañonazo de una guerra de palabras que duró cinco años, mientras los administradores eclesiásticos y los educadores debatían los pros y los contras de las acreditaciones regionales”.⁴⁹

Un revés importante –para los que apoyaban la acreditación– se produjo en octubre de 1935 cuando W. Branson dio el informe de la comisión de evaluación sobre la acreditación en el concilio anual de la Asociación General. Branson cerró diciendo: “estamos listos para admitir que en nuestra acción de hace cuatro años atrás fuimos muy lejos”.⁵⁰ Como resultado de su discurso y del debate posterior, los delegados decidieron minimizar el peligro acreditando solamente dos colegios de cuatro años. Sin embargo, en la sesión de la Asociación General de 1936 se revirtió esa decisión. Para 1945, los seis colegios

superiores de América del Norte –que estaban en el centro de la controversia– habían obtenido sus acreditaciones.⁵¹

Pero la denominación todavía enfrentaba el problema de educar docentes para preservar la supremacía de la misión adventista. “Entrenemos a los nuestros” había sido la línea de pensamiento al principio. Así al comienzo del siglo XX, unas pocas maestrías se ofrecieron en el Colegio Unión del Pacífico, el Colegio Unión y el Colegio Misionero Emanuel⁵² pero ese enfoque pronto se disipó. Más permanente en su naturaleza fue la Escuela Avanzada de la Biblia (ABS), inaugurada en el Colegio Unión del Pacífico en 1934. Se esperaba que esta institución pudiera ofrecer diplomas avanzados a los docentes de Biblia y así preservar la perspectiva adventista en ese grupo crucial de profesores. La ABS se transformaría luego en el Seminario Teológico Adventista del Séptimo Día de la Universidad Andrews,⁵³ que por supuesto no resolvió las necesidades educacionales de la mayoría de los docentes. Como resultado, las juntas de gobierno buscaron profesores “confiables” que fueran maduros y experimentados para enviarlos a instituciones no adventistas para estudios de posgrados. Se esperaba así que el impacto sobre ese grupo selecto sería mínimo. Ese plan pareció funcionar bastante bien hasta el fin de la década de 1950.

Mientras tanto, la denominación continuó teniendo problemas por tensiones entre misión adventista y visión académica. La dinámica entre estos dos aspectos pareció estar en un estado de equilibrio constructivo hasta que llegó la década de 1960 con otros desafíos que crearían nuevas tensiones.

El desafío de la madurez

Esta nueva década fue muy dinámica, con un crecimiento del sistema de educación superior sin precedentes, debido a que la generación pos segunda guerra mundial (*Baby Boomers*) ingresó a las universidades.

La educación superior adventista enfrentó las mismas tensiones y dificultades que la educación pública. El enfoque de enviar docentes “confiables” para que obtengan títulos de posgrados colapsó cuando una onda de jóvenes adventistas se inscribió en una gran variedad de escuelas de posgrado, porque el doctorado pasó a ser un título esperado para los docentes universitarios. Nadie sabía cuáles serían los resultados.

Para 1970 y 1980, las instituciones



La estatua del buen samaritano en la Universidad de Loma Linda (Loma Linda, California).



adventistas habían adquirido rangos de colegios y universidades respetables, algunas de las cuales llegaron a ofrecer programas doctorales totalmente acreditados. Pero la cuestión de lograr el balance estaba todavía en consideración. Obviamente las escuelas de educación superior estaban teniendo buenos logros académicos, pero ¿qué de la misión? Uno se pregunta, por ejemplo, acerca del significado de una advertencia que recibí cuando fui a hablarles a los docentes de una universidad adventista. Se me dijo que tratara de no usar la palabra “cristiano” para no ofender a algunos de los docentes que practicaban el hinduismo o el islamismo. ¿Y qué debemos pensar cuando un departamento quita la frase “perspectiva bíblica” de los trabajos prácticos originariamente dados para reflexionar sobre el enunciado de misión institucional, porque hay estudiantes

que no son cristianos y conocen muy poco de la Biblia?

¿Qué de la misión adventista? Esta pregunta ha estimulado repetidas acciones de los líderes de la Asociación General. Uno puede pensar en los intentos de C. Hirsch para dar a la historia adventista y a los estudios sobre Elena White un lugar más prominente en el currículum (década de 1970), la masiva energía y gastos dedicados a atraer docentes de todo el mundo a participar de los cursos sobre la integración de la fe en la enseñanza iniciados por G. Akers y H. Rasi (desde 1990 hasta el presente) y el Congreso Internacional de Filosofía Adventista de la Educación (2001).

Hoy, hay pocas dudas acerca del éxito de la educación superior adventista en las

áreas académicas, pero el gran desafío es mantener la vitalidad de la misión adventista.

La tensión entre los dos, como hemos visto, ha existido desde el mismo comienzo de las instituciones terciarias de la denominación. Y mientras esta tensión es a veces contraproducente, creo que es absolutamente necesaria para la salud de los colegios y universidades adventistas. Sin ella hay sólo dos opciones: El síndrome de la muerte de la luz⁵⁴ debido a la ausencia de un énfasis de la diferencia adventista; o un programa de colegio bíblico que sería inadecuado para las necesidades del siglo XXI. Mientras que la tensión es siempre desagradable, las alternativas serían desastrosas para el cumplimiento de la misión soñada por Jaime y Elena White cuando fundaron el Colegio de Battle Creek.



George Knight sirvió a la Iglesia Adventista del Séptimo Día por cuarenta años como pastor, docente de nivel primario y secundario, administrador de escuela y profesor de Filosofía de la Educación e Historia Adventista en la Universidad Andrews, Berrien Springs, Michigan. Es autor de treinta libros y escribe desde Rogue River, Oregón.

REFERENCIAS

1. J. Andrews, "Our Proposed School," *Review and Herald* (1 de abril de 1873), p. 124.
2. G. Butler, "What Use Shall We Make of Our School?" *Review and Herald* (21 de julio de 1874), pp. 44, 45.
3. Ver J. Smoot, "Sidney Brownsberger: Traditionalist," en *Early Adventist Educators*, G. Knight, ed. (Berrien Springs, Michigan: Andrews University Press, 1983), pp. 72-94.
4. W. White, "Pioneer Pilots in Christian Education," en *Founders' Golden Anniversary Bulletin of Battle Creek College and Emmanuel Missionary College: 1874-1924*, p. 29.
5. *Battle Creek College Catalogue, 1876-1877*, p. 10.
6. *Ibid.*, 1879-1880, p. 6.
7. E. Vande Vere, *The Wisdom Seekers* (Nashville, Tennessee: Southern Publ. Assn., 1972), p. 42.
8. E. White, *Testimonios para la iglesia* (Miami, Florida: Asociación Publicadora Interamericana, Tomo 5, pp. 20, 22, 24, 25).
9. *Ibid.*, pp. 21, 22.
10. *Ibid.*, (la cursiva es del autor del artículo).
11. Myron Wehtje, *And There Was Light: A History of South Lancaster Academy, Lancaster Junior College, and Atlantic Union College*, vol. 1, 1882-1928 (South Lancaster, Massachusetts: Atlantic Press, 1982), pp. 74-84; White, *Testimonios*, vol. 5, pp. 586-590; "Record of Meetings of Stockholders of S. Lancaster Academy, 1883," pp. 63-70.
12. Ver George R. Knight, *Angry Saints: Tensions and Possibilities in the Adventist Struggle Over Righteousness by Faith* (Washington, D.C.: Review and Herald Publ. Assn., 1989), pp. 100-115.
13. W. White para E. R. Jones, 28 de julio de 1891.
14. W. Prescott, "Report of the Educational Secretary," *Daily Bulletin of the General Conference* (23 de febrero de 1893), p. 350.
15. *Ibid.*
16. *Ibid.*, p. 357.
17. W. Prescott para E. White (8 de noviembre de 1893).
18. *Ibid.*
19. W. Prescott para O. Olsen, 8 de diciembre de 1893.
20. W. Prescott para E. White, 8 de diciembre de 1893; W. Poole para sus padres, 16 de diciembre de 1893.
21. W. Prescott para O. Olsen, 8 de diciembre de 1893; W. Prescott para E. White, 8 de diciembre de 1893.
22. W. Prescott para O. Olsen, 8 de diciembre de 1893.
23. J. Mott, "Report of the Executive Committee," en *Student Mission Power: Report of the First International Convention of the Student Volunteer Movement for Foreign Missions, Held at Cleveland, Ohio, EE UU, 26, 27 y 28 de febrero y 1 de marzo de 1891* (Pasadena, California: William Carey Library, 1979), pp. 21-23; E. Sandeen, *The Roots of Fundamentalism* (Grand Rapids, Michigan: Baker, 1978), p. 183; S. Ahlstrom, *A Religious History of the American People* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1972), p. 864.
24. Ver V. Brereton, *Training God's Army: The American Bible School, 1880-1940* (Bloomington: Indiana University Press, 1990).
25. Ver G. Knight, "The Dynamics of Educational Expansion," *Journal of Adventist Education* 52:4 (Abril-Mayo 1990), pp. 13-19, 44, 45.
26. E. White en O. Olsen para W. Prescott, 20 de diciembre de 1893.
27. *Ibid.*
28. Ver M. Hook, *The Avondale School and Adventist Educational Goals, 1894-1900*. Tesis doctoral, Andrews University, 1978.
29. Ver G. Knight, *Myths in Adventism*, op.cit., pp. 17-25.
30. Ver Vande Vere, *Wisdom Seekers*, pp. 95-103. Para mejor estudio sobre el inicio de la carrera de Sutherland, ver W. Ashworth, *Edward Alexander Sutherland and Seventh-day Adventist Educational Reform, 1890-1904*. Tesis doctoral, Andrews University, 1986.
31. Ver A. Rey, *Frederick Griggs: Seventh-day Adventist Educator and Administrator*. Tesis doctoral, Andrews University, 1984.
32. Frederick Griggs, "Teachers an Example," *Review and Herald* (8 de diciembre de 1904), p. 20.
33. _____, "Educated Missionaries," *Review and Herald* (7 de marzo de 1907), p. 22.
34. _____, "The Education of Our Children," *Review and Herald* (21 de marzo de 1906), p. 21.
35. Aun cuando sea verdad que C. Moench haya ido al Union College con un doctorado en lenguas modernas en 1895-1896, aparentemente lo obtuvo antes de unirse a la iglesia. Ver E. Dick, *Union: College of the Golden Cords* (Lincoln, Nebraska: Union College Press, 1967), p. 348.
36. Frederick Griggs, "Our Times, Our Message, and Our Schools," *Convention of the Department of Education of the General Conference of Seventh-day Adventists* (1910), p. 19.
37. E. Sutherland, *Studies in Christian Education*, edición reimpresa. (Payson, Arizona: Leaves-of-Autumn Books, n.d.), pp. 137, 138.
38. Vande Vere, *Wisdom Seekers*, p. 142.
39. J. Waters, *Warren Eugene Howell: Seventh-day Adventist Educational Administrator*. Tesis doctoral, Andrews University, 1988.
40. Dick, *Union*, p. 157.
41. Elena White, *Consejos para los maestros, padres y alumnos acerca de la educación cristiana* (Mountain View, California: Publicaciones Interamericanas, 1979), p. 243
42. E. White, *Fundamentals of Christian Education* (Nashville, Tennessee: Southern Publ. Assn., 1923), p. 534.
43. D. Robinson, *The Story of Our Health Message*, 2ª edición (Nashville: Southern Publ. Assn., 1955), pp. 371-389.
44. E. White, carta reproducida en el artículo "A Medical School at Loma Linda," *Review and Herald* (9 de mayo de 1910), p. 18.
45. _____, *Consejos para maestros, padres y alumnos acerca de la educación cristiana*, pp. 490, 492.
46. E. Sutherland para O. Graf, 18 de mayo de 1931.
47. _____, "Why Should Madison Become a Senior College," *The Madison Survey* (7 de enero de 1931).
48. O. Graf para E. Sutherland, 16 de enero de 1931. C. Howell para E. Sutherland, 18 de marzo de 1932.
49. W. White, Jr., "Another Look at Those Pioneers of Adventist Accreditation," *Focus* (Invierno 1978), p. 11.
50. W. Branson, "Our Presentation of the Report of the Survey Commission on Education Regarding Accreditation," discurso presentado en el Concilio Otoñal, 30 de octubre de 1935.
51. Para un estudio más extensivo sobre el conflicto ver el libro manuscrito no publicado de W. White, Jr., titulado "New Times, New Measures, New Men: The Regional Accreditation of Seventh-day Adventist Liberal Arts Colleges, 1922-1945."
52. W. Utt, *A Mountain, A Pickax, A College* (Angwin, California: Alumni Assn. of Pacific Union College, 1968), p. 70; Dick, *Union*, pp. 179, 180; Vande Vere, *Wisdom Seekers*, p. 157.
53. *Seventh-day Adventist Encyclopedia*, 2ª rev. (1996), "Andrews University."
54. Ver J. Burtchaell, *The Dying of the Light: The Disengagement of Colleges and Universities From Their Christian Churches* (Grand Rapids, Michigan: Eerdmans, 1998).